

LOS JOVENES Y LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

Por Javier Tafur González

Grandes dificultades he tenido para entender la evolución de la juventud y, particularmente, la juventud universitaria. Cuando pienso en el decurso de mi vida, miro, asombrado, lo rápido que ha transcurrido... Hace apenas unos años me sentaba por primera vez en los bancos escolares al poco tiempo pasaba la primaria, me graduaba de bachiller e ingresaba a la facultad de derecho de la Universidad Santiago de Cali.

Luego vino mi viaje a París para estudiar etnología, con el apoyo de Icetex y la invaluable solidaridad de Álvaro Pío Valencia. A mi regreso me vinculé como profesor y, con breves intermitencias, he permanecido en la enseñanza desde 1973 hasta la actualidad, en las cátedras de introducción al derecho, filosofía del derecho, introducción al derecho penal, derecho penal, lingüística y humanidades. A lo largo de todos estos años el perfil de los estudiantes fue cambiando, y en los últimos diez años ha cambiado de tal manera que los estudiantes me resultan irreconocibles, ajenos a mis referentes y propuestas, y yo a sus expectativas.

Es esta extrañeza la que me motiva a hacer esta reflexión, acicateado por la publicación del artículo *La juventud del bostezo* (El País, octubre 15 de 2010), de María Elvira Bonilla. Este artículo lo discutí inicialmente con docentes y, luego, con estudiantes; la mayoría de los docentes compartió el criterio de la periodista, pero otros estimaron que se trataba de criterios subjetivos que no incluía otros elementos de imprescindible referencia como son los factores tecnológicos en la dinámica del cambio social, la responsabilidad de la familia y de la sociedad su conjunto, y subrayaron que la brecha generacional siempre ha existido, que la generación mayor siempre ha criticado los valores de la generación de relevo que abandona o se aparta de sus ideales y paradigmas.

El artículo referido, como digo, también lo compartí con los estudiantes, quienes se mostraron indiferentes a la crítica que se les hace, aunque algunos mencionaron la existencia de fuertes presiones sociales al interior de sus propios grupos, por lo cual ceden para no tener conflictos; eso los hace no asumir posiciones críticas e independientes, sino que se reducen a compartir los valores imperantes en su medio.

Para mi es claro que ya el profesor no ocupa un estrado superior; de hecho, físicamente, no hay tarima. En cuanto al manejo de los medios tecnológicos, los jóvenes aventajan a sus maestros, y acceden con mayor velocidad a la información, que no al conocimiento, a la síntesis, y mucho menos a la elaboración de una cosmovisión que los ubique en el mundo. Los jóvenes viven fragmentados en la información, no tienen mirada de conjunto, ni les interesa, ni les hace falta. Muchos fueron beneficiarios del diseño educativo de la promoción automática. Así lo recalcan quienes previeron estas consecuencias.

La actitud desobligada de los estudiantes tiene unos alcances perniciosos, porque los hace cómodos, muelles, sin aspiraciones, y lo que es más grave, no tienen ninguna necesidad del esfuerzo, de la disciplina, de la lucha, de la perseverancia. Estos jóvenes tienen la mesa servida; no les importa regar los alimentos, pues no los han conseguido, no saben su costo, como tampoco el techo, el abrigo, la medicina, el transporte. Hagan lo que hagan tienen la mesa servida, la cama tendida, ropa, vehículos, esparcimiento, etc, etc.

Si esto es así, lo que se evidencia es que han perdido los mecanismos evolutivos, propios de la lucha por la existencia, por lo cual obtienen tan bajos rendimientos, con pérdida de la capacidad de supervivencia individual, y lo que es más grave, con un gravísimo perjuicio social. Ciertamente que esto va a significar un reacomodo en la pirámide social cuando, incapaces para competir, se vean desplazados y sus lugares los ocupen los que

sí se han preparado; pero, en términos sociales, es la comunidad la que pierde.

En conclusión, la comodidad que los padres proporcionan a los hijos, sin las debidas contraprestaciones, devienen en perjuicio individual, familiar y social. Esta reflexión me ayuda a entender la apatía y falta de interés que muestran las nuevas generaciones, la notoria pérdida de reflejos en la lucha por la existencia, y la carencia de motivaciones que ayude a la construcción de estadios más elevados de la sociedad.

-¿Qué hacer?

-Los educadores, sicólogos, sociólogos, antropólogos, deben abrir urgentemente un debate que permita un estudio integral de la situación buscando soluciones y alternativas que puedan ofrecerle a las nuevas generaciones opciones más creativas y responsables con sentido social. Lo cierto es que no se puede permanecer inactivos ante la comodidad y la falta de compromiso que tienen los jóvenes, y en especial de los estratos de altos ingresos, aunque tal disfunción no sea exclusiva de estos que la juventud se pellizque.

ALGO HA OCURRIDO

De un tiempo para acá he notado un cambio en el perfil de los estudiantes: todos son nativos digitales, egresan más jóvenes de los planteles educativos y los docentes nos hacemos mayores. Sentía más resistencia (recíprocas) antes; ahora percibo menos tensiones, como si el paso de los años fuera limando los motivos de competir, resistir, imponer, a cambio de un recíproco interés y mayor cordialidad. Algo ha ocurrido